

## Recuerdo de José Antonio del Busto\*

*Héctor López Martínez*

La Academia Nacional de la Historia ha tenido a bien confiarme el honor y fraternal encargo de recordar en este acto académico a uno de sus miembros de número más ilustres: José Antonio del Busto. El escenario para este merecido homenaje es singularmente adecuado. Aquí, en el Instituto Riva Agüero, José Antonio afianzó y enriqueció su precoz vocación por la Historia. Aquí el alumno brillante se convertiría en joven catedrático de la Facultad de Letras y de nuestro Seminario de Historia para ir dejando a lo largo de medio siglo la huella inolvidable de su talento, erudición y laboriosidad realmente ejemplares. También fue ilustre director de esta Casa y aquí le dimos el postrer adiós.

No es fácil referirse a un colega y, sobre todo, a un amigo de la misma generación con el cual compartimos muchas vivencias desde la juventud hasta esta hora crepuscular de nuestra existencia. Por la cercanía de edades y por haber elegido el siglo XVI como el ámbito de nuestras investigaciones, José Antonio fue para mí una suerte de generoso hermano mayor que me introdujo en la lectura fascinante de las crónicas quinientistas, no solo las relacionadas con la conquista del incario, sino también con aquellas que se referían a la tenaz andadura de los castellanos por las más diversas regiones del Nuevo Mundo, a veces con fortuna pero mayoritariamente con un final desastroso.

Eximio paleógrafo, José Antonio muchas veces, sobre todo en el Archivo General de Indias de Sevilla, me socorría para que pudiera continuar la lectura de los añosos documentos que se guardaban en miles de legajos en la que había sido Casa Lonja de la capital hispalense. Estoy seguro que lo que hizo conmigo lo repitió con muchos otros amigos y alumnos, porque José Antonio tenía auténtica

---

\* Discurso leído en el homenaje de la Academia a la memoria del Doctor J.A. del Busto, que se efectuó en el local del Instituto Riva-Agüero el 12 de setiembre de 2007.

vocación de maestro universitario y una gran generosidad exenta de estridencias. La sobriedad y la discreción fueron dos de las muchas virtudes que practicó en todo momento.

Se agolpan los recuerdos y no es fácil ordenarlos cuando evocamos a José Antonio del Busto. Lo primero que debemos remarcar es que poseía una gran personalidad, única, irrepetible. Fue absolutamente fiel a ella y en ningún momento se dejó seducir por tendencias ideológicas o de cualquier otro género. José Antonio siempre tuvo muy claro lo que era, lo que debía hacer y cómo podría lograrlo. Tenía, en suma, una gran seguridad en sí mismo, que por cierto no estaba emparentada con la soberbia. Su vocación histórica fue precoz e inmovible. Los niños y jóvenes de nuestra generación tuvimos a nuestro alcance los libros de la colección Billiken, que resumían de un modo ameno e incluso apasionante las biografías o los libros de los personajes notables de la Historia en las más diversas épocas. Allí podíamos conocer las hazañas de Alejandro Magno o Julio César, de San Martín o Napoleón. Más tarde, la colección Austral nos puso en contacto, ya en ediciones completas, con los historiadores clásicos y con plétora de autores donde José Antonio elegía siempre los títulos dedicados a personajes o asuntos reales, ya que nunca gustó de la ficción. Se podría pensar al escuchar lo antes dicho que José Antonio fue un niño y un joven que vivió ensimismado en la lectura. Nada más alejado de la realidad. José Antonio disfrutó a plenitud de los juegos, diversiones y amistades propias de cada etapa de su desarrollo personal e intelectual en su entrañable Barranco. Habría que añadir que sus dos abuelos, grandes aficionados a la Fiesta Brava, lo llevaban con frecuencia a la plaza de Acho y luego a la de Chacra Ríos, que tuvo corta existencia. En sus últimos años de secundaria José Antonio se convirtió en fervoroso aprendiz de novillero que con un pequeño grupo de jóvenes estaba siempre atento en busca de un astado al que pudieran sacarle una suerte e incluso banderillearlo. Ya en la universidad, José Antonio, que siempre fue muy responsable de sus actos, percibió los peligros de su afición y decidió ver los toros solamente desde el tendido.

Como he dicho, José Antonio definió su vocación por la Historia desde edad muy temprana. Menos conocido es el hecho que en casa de sus padres y en la de alguno de sus tíos encontró viejos papeles que al principio no pudo leer, sobre todo los más antiguos, por lo difícil de la letra. Se convirtió entonces en paleógrafo autodidacto; los fue ordenando y allí encontró excelente material para su tesis de bachiller a la que tituló "La Casa de Peralta en el Perú. Rama Primogénita", con la que obtuvo el grado, en 1953, recibiendo muchos y merecidos elogios.

Ya desde tiempo atrás, José Antonio tenía la obsesión –el vocablo no es exagerado– de escribir el Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú. Aún conociendo su infatigable capacidad de trabajo y su tenacidad, ese empeño de corte benedictino parecía ser muy superior a sus fuerzas y a su juven-

tud. Fue por ello que cuando presentó el Diccionario como asunto para el grado de doctor en Historia, diversas personas lo disuadieron y escogió entonces la donosa vida del conde de Nieva como tema de investigación y con ese propósito viajó a Sevilla con la beca que otorgaba el Instituto de Cultura Hispánica en convenio con el Instituto Riva Agüero. La ciudad del Betis, donde transcurrieron algunos años de nuestra juventud, nos dejó un recuerdo entrañable. Del Busto la llegó a conocer y querer como pocos. Ya en su madurez recordaba con nostalgia: "Diariamente, al cerrar el Archivo por la tarde, yo salía a conocer Sevilla, sus barrios, sus templos, sus edificios varios. Era ciudad de trazo medieval, rica en callejas y en plazuelas, con rincones bellos y gente alegre. Aprendí a entender el andaluz y gusté de escuchar "sevillanas". Los domingos partía, solo o acompañado, a visitar los pueblos aledaños: Camas, Coria, Alcalá de Guadaíra, Alcalá del Río, La Aljaba, Dos Hermanas, incluso llegué a Niebla del Condado. Me agradó de un modo especial San Isidoro del Campo y también Santiponce, donde admiré el ruinoso Coliseo romano. El 2 de marzo de 1954, en la Catedral, presencié el baile de los seises, privilegio que tuvo también la Catedral de Lima. El 4 de abril, domingo, subí por primera vez a la Giralda y contemplé Sevilla desde lo alto: la ciudad antigua, el río Guadalquivir, el barrio de Triana. Reparé en la Plaza de Toros que me hizo recordar a la de Acho.

Los días que siguieron fueron los de Semana Santa. Su celebración en Sevilla me deslumbró, rebasó mis expectativas. Todavía hoy pienso que es una de las celebraciones más hermosas que he visto en mi vida. Es un caso único". También Antonio disfrutó mucho con la bulliciosa y colorida Feria de abril. Fue, al decir de nuestros amigos nacidos en esa incomparable ciudad, el único historiador peruano que realmente aprendió a bailar sevillanas con todos los pasos y figuras de esa danza. En una oportunidad conversando sobre este simpático asunto, terminó por admitir que su éxito en las sevillanas se debía a que por haber banderillado muchas veces en sus años juveniles alzar los brazos y hacer quiebras le resultaba fácil.

José Antonio trabajó intensamente en el Archivo General de Indias y pudo reunir un copioso y valioso material sobre el cuarto virrey del Perú. Al mismo tiempo se familiarizó con las diversas secciones en que entonces estaban clasificados los documentos del Archivo y se reafirmó en la idea de escribir el Diccionario de los Conquistadores. A su regreso al Perú reanudaría su labor docente, no sólo en la Universidad Católica sino en otros centros de estudios. A postreros de 1957 se graduó de doctor en Historia y Geografía con una tesis brillantísima que tituló "Noticias biográficas del Virrey Conde de la Nieva hasta su arribo al Perú". Demás está decir que su trabajo fue aprobado con los máximos honores.

Con relación al Diccionario de Conquistadores José Antonio nos ha dejado un testimonio elocuente y sincero sobre este trabajo al que dedicó 50 años de su vida. Permítanme recordar con cariño y respeto que en sus días postreros, cuando

al finalizar la tarde hablaba con él por teléfono, a veces lo sentía satisfecho porque había podido redactar la biografía de varios personajes durante una larga jornada de labor. Otras veces, por lo contrario, se mostraba decaído, mortificado, porque se había sentido mal y no había podido sentarse frente a la máquina junto con sus pequeñas cuartillas que iba llenando a gran velocidad pues era un eximio mecánografo. José Antonio escribió miles de biografías y solo le faltaron 28 para completar el Diccionario. Fue entonces que encargó a uno de sus jóvenes colegas y amigos esa mínima contribución dándole los datos y las fuentes para continuar el trabajo. Entiendo que ya está terminado y, a título personal, aunque creo que estarán de acuerdo conmigo todos los colegas de la Academia Nacional de la Historia, invocamos a las autoridades de la Pontificia Universidad Católica, que auspició la investigación, que publique lo antes posible este Diccionario cuya utilidad para los estudios quinientistas es fundamental. Veamos lo que escribió José Antonio sobre la que será sin duda su obra fundamental junto a su impecable biografía de Francisco Pizarro.

“Yo viajé a España con una idea fija y regresé a mi país con la misma obsesión en la cabeza: El *Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú*.”

Quería recoger en esta obra a todos los buscadores, descubridores, conquistadores y pacificadores peruleros. En 1953 consulté su posibilidad a determinadas personas y –unas interesadamente, otras desinteresadamente– me contestaron que no era posible, que era una investigación muy grande, que demandaba mucho tiempo, que yo no estaba preparado para efectuarla. Entonces fue que viajé a España con el propósito de investigar al Virrey Conde de Nieva.

La verdad es que vuelto a Lima seguía con mi idea: había visto posible el *Diccionario*. El trabajo me estaba esperando en el Archivo de Indias. Por eso fue que gestioné con la Universidad mi segundo viaje a España. Me ayudaron a lograrlo el Rector Fidel Tubino Mongilardi, el Padre José Dammert Bellido y el doctor José Agustín de la Puente.

El *Diccionario* no era un proyecto pasajero, ligero ni improvisado. Nació en mí cuando conocí y utilicé el *Diccionario Histórico Biográfico del Perú* del General Manuel de Mendiburu. Me pareció una obra excepcional, utilísima, dadivosa en verdades que de otro modo se hubieran perdido. Confieso que quise hacer una obra similar, pero sólo de los conquistadores peruleros. Mis fuentes serían los documentos, las crónicas y algunos autores modernos. Constaría de varios tomos, no podía calcular cuántos. Mi intención estaba clara. Sabía lo que quería. La obra era posible, necesaria, útil. Mendiburu fue mi inspirador.

El *Diccionario* recogería las vidas de los descubridores, conquistadores y pacificadores; no tendrían cabida en él los que no fueran tales. Estaban excluidos

clérigos y frailes, los comerciantes y marinos, aunque hubieran intervenido en hechos de armas. De este modo la selección resultaba más exacta: sólo soldados, fuera cual fuese su calidad, actuación o importancia. ¿Por qué hice esta selección? No lo sé. Pero desde un comienzo fue así, ni hubo titubeos ni concesiones. La única excepción, en el caso de los clérigos, sería el Presidente Pedro de la Gasca, por haber sido Capitán General y concurrido en la batalla de Jaquijahuana:

En el archivo indiano, en la Sección Patronato, desde el 12 de mayo de 1958 investigué exhaustivamente los legajos, sus números y ramos. De este modo, en los largos y duros meses (12 de mayo de 1958 a 18 de mayo de 1959) logré hacerme conocedor de las informaciones o probanzas de servicios pertinentes, completando sus noticias con las Secciones audienciales de Lima y Charcas, Panamá y Quito, y en las Secciones de Justicia, Escribanía de Cámara, Contaduría e Indiferente General. Hecho esto, ya podía hablar de cualquier conquistador, por ínfima que hubiera sido su hoja de servicios.

Investigué solo, sin la ayuda o la colaboración de nadie. Llegué así a llenar veinte voluminosos cuadernos. La lucha no era tanto contra los documentos ni su letra difícil, sino sobre todo contra el tiempo. Investigué mañana y tarde, de nueve a una y de tres a seis. Esperaba en la puerta que abrieran el Archivo y sólo me marchaba cuando era hora de cerrar. A casi nadie dije que estaba investigando el Diccionario. Sólo unos pocos estaban en el secreto, entre ellos el doctor Guillermo Lohmann Villena, que trabajaba en la Embajada del Perú en Madrid y se daba mensuales escapadas para investigar en Sevilla.

Premunido de mi preciosa carga retorné al Perú. Partí de Sevilla el 19 de mayo de 1959 y zarpé de Barcelona a fines de ese mes. En el Perú ya tenía destino: me esperaba el cargo de Conservador del Archivo del Instituto Riva Agüero (1959-1960).

Lo que José Antonio llama “preciosa carga” no tenía nada de exagerado. Había allí, en efecto, el material para su Diccionario de Conquistadores y también para abordar muchos otros asuntos de nuestra historia en el siglo XVI. Su búsqueda en el Archivo de Indias y en otros repositorios de España no había sido epidérmica sino profunda. A este trabajo, tan importante, unió otras actividades que le serían de gran utilidad convirtiéndolo en la mayor autoridad académica nacional en lo que se refiere a historia quinientista. Lo primero, visitar, con el mayor detalle posible, ciudades y pueblos que habían sido cuna de los conquistadores del Perú. Para ello recorrió minuciosamente, en jornadas de verdadero atleta, principalmente Andalucía y Extremadura. Lo otro era conocer a fondo usos, costumbres, vocablos, entretenimientos, en fin, todo aquello que conformaba la vida cotidiana de quienes habían vivido en el siglo XVI español en sus diversos estratos sociales. Para trabajar una etapa de nuestra historia, decía José Antonio, no es suficiente

conocer la biografía de los personajes, sino todo aquello del mundo en que vivieron. Aunque parezca nimio y hasta pintoresco, José Antonio consiguió averiguar cómo eran los juegos de naipes con los que entretenían sus ocios los milites españoles que vinieron al Nuevo Mundo. En España también, amplió sus ya importantes conocimientos de genealogía y heráldica, que le fueron muy útiles para establecer parentescos próximos o lejanos entre los personajes que estudiaba. Igualmente acumuló mucho material sobre estilos arquitectónicos y otras disciplinas artísticas que abundaban en tierra hispana. El estudio de la cronología fue también una constante a la que brindó muchos días de trabajo.

Dedicado, pues, por entero a la Historia, José Antonio, como ya se dijo reiteradas veces, estudiaba tenazmente el siglo XVI, sobre todo en las crónicas. A veces en charlas amicales nos contaba que su afición a esa época cobró gran fuerza a raíz de la lectura del libro de Guillermo Prescott, "Historia de la Conquista del Perú", el cual, para mayor detalle, había comprado en la librería Minerva de Miraflores con dinero de sus propinas cuando estaba en quinto año de primaria. El mismo nos refiere: "Dedicado al siglo XVI peruano, me especialicé en la Conquista. No fue fácil dedicarme a la Conquista. Encontré mucha incompreensión, ignorancia y prejuicios. La Conquista, hasta entonces, había acaparado tendenciosas interpretaciones. Su historia estaba politizada. Se la identificaba con el hispanismo, la raza blanca, la riqueza mal ganada, la explotación y el gamonalismo, la política de derecha, la corrupción y el desorden. El Incanato, por lo contrario, era el paraíso miltoniano, la Dichosa Edad Dorada, la panacea universal. Todos habían leído los *Comentarios Reales* de Garcilaso y aplaudían utopías como las de Tomás Moro y Tomás de Campanella. La política izquierdista pretendía capitalizar el asunto y casi decía que los Incas habían sido perfectos, su gobierno un modelo, sus guerras justificadas y su actuar equitativo. De todo esto surgió un Indigenismo ciego y desinformado, corriente tan errónea como el Hispanismo soberbio y falaz. Indudablemente existía un caos. Hispanistas e Indigenistas no tenían la razón plena. Propugnaban una historia doble, antagónica y nociva. Por otro lado la educación escolar era muy pobre, la enseñanza universitaria estaba ideologizada, los profesores de ambos sectores mal preparados, improvisados, divididos. La historia, apreciada de este modo, resultaba sensiblera, falsa y sin objetivo propio. Era una historia bifronte. Ningún bando admitía críticas".

"En este panorama de error e incompreensión, de ceguera y fanatismo, de fervores y anatemas, me decidí por la Conquista. Quería hacer una historia objetiva, ceñida a la realidad, que asumiera y entendiera el XVI peruano con frialdad científica. La responsabilidad de lo que le ocurría al Perú era de nosotros los peruanos, no de los Incas ni de los Reyes de España. Yo quería escribir una historia accesible a todos los peruanos. No éramos los vencedores ni los vencidos, éramos los descendientes de los vencidos y de los vencedores. Deberíamos aceptarnos sin culpar a nadie. Aquí no había ni tirios ni troyanos. Pero existía una

situación anómala: el Perú estaba enfermo. La medicina no era el indigenismo ni el hispanismo. El secreto estribaba en asumir lo ocurrido. La solución era leer, investigar, comprender y escribir. Despolitizar el pasado y hacer una interpretación peruana: una historia unitaria y sin conflicto”.

Con un ritmo de trabajo incesante fueron pasando los años. José Antonio dictaba clases en colegios, institutos castrenses, otras universidades, pero jamás dejó de estar ligado a su Alma Mater, la Universidad Católica y a esta Casa, su Escuela de Altos Estudios. Como historiador, José Antonio investigaba, redactaba y dictaba. Siempre investigué, nos explicaba, pese a que no era lo único que hacía; siempre redacté, sobre todo en las noches de insomnio, y siempre dicté clases. Esto último, subrayaba, fue lo que mas tiempo me demandó. Me gustaba dictar clase –en la Católica lo hizo a lo largo de 50 años– y concluía: “Hubiera preferido que estas fueran menos y en lugares más concentrados”.

La investigación, como es obvio, no se quedaba solo en eso sino que se convertía en material para copiosas publicaciones. Imposible y tedioso, por su gran número, sería enumerar los libros y demás trabajos publicados por José Antonio del Busto. Cabe decir, con justicia, que es el historiador más prolífico de la segunda mitad del siglo XX. Especialista en el siglo XVI, abordó con igual solvencia temas de otras centurias. Dirigió colecciones históricas así como equipos de jóvenes historiadores para hacer trabajos de gran aliento. Es destacable en este rubro, por ejemplo, la Historia de Piura, en donde junto a su buen amigo y colega Jorge Rosales se aunaron para publicar un hermoso y bien documentado volumen sobre la historia total de ese hermoso departamento norteño. La Universidad de Piura fue para José Antonio un lugar gratísimo y a ella legó su biblioteca e incluso objetos personales.

Antonio no podía comprender cómo había catedráticos que se jubilaban sin haber publicado nada o casi nada. Sobre el particular sentenciaba: “La investigación es el segundo objetivo de la universidad. El primero es enseñar, el segundo es investigar. Pienso que debe exigirse a cada profesor publicar un libro cada cinco años. No como co-autor y menos integrando un equipo. Esto podrá ser aparte. Se le pide que sea autor único de la obra. También debe escribir un artículo cada año para una revista científica. Respecto a los estudiantes sus becas en el extranjero deben estar condicionadas a la elaboración de una tesis factible de convertirse en libro. No es honesto que los profesores dicten y los alumnos viajen sin que lleguen a escribir un libro. Los libros deben ganar mérito a los profesores. No debe premiarse por igual a un profesor que publica libros que al que no publica ninguno. El saber intelectual debe medirse y perpetuarse en los libros. Se trata de calidad, no cantidad. Y no se olvide que todo libro debe superar el centenar de páginas; menos páginas es un folleto o un artículo”.

Con sincero buen humor, a propósito de su copiosa producción escrita explicaba: “Dicen que los libros traen amigos y enemigos. Amigos intelectuales abundaron, gané muchos, pero enemigos, lo que se llama enemigos, no los tuve. Personas que no comulgaban con mis ideas, las hubo, pero opositores directos, tenaces, incisivos en los diarios, revistas u otro género de publicaciones, no. Y es que nunca me inmiscuí en polémicas, discusiones espectaculares o controversias inútiles. Mis escritos no culpaban y por ende no ofendían. Yo tenía mi línea trazada. Dejaba a los demás que dijeran lo que quisieran, los respetaba, pero la misma libertad les exigía conmigo. Además, yo poseía muchos documentos inéditos, fruto de investigación archivística. Eso me hacía dueño de datos desconocidos. Mis respuestas podían ser inesperadas. En más de un caso no había respuesta a mis respuestas. Eso no impidió que también yo cometiera errores y me los señalaran. Cuando lo hacían yo aceptaba la corrección. Sólo pedía que me probaran mi error. Si lo probaban, reconocía mi yerro, lo analizaba y lo corregía en la siguiente edición. No bastaba que dijeran que lo dicho por mí era “imposible”. Eso no era científico. Tampoco aceptaba que se invocaran “los últimos descubrimientos”. Tenían que citarlos. En síntesis, trabajé con tranquilidad, sin adversarios, sólo con críticos amicales y honestos. Y así llegamos hasta hoy, siempre con mi principio parmenidiano: *lo que es es; lo que no es no es*. Ese aforismo incontrastable, me libró de apasionamientos”.

José Antonio visitó Trujillo de Extremadura en diversas oportunidades. Le interesaba mucho anotar detalles para incorporarlos a su biografía sobre Francisco Pizarro. Tuve la suerte de acompañarlo en 1979 y al retornar por avión de Badajoz a Madrid ambos tuvimos la impresión que solo la Providencia nos salvó de estrellarnos en el viaje aéreo más espantoso que me ha tocado sufrir. Al escribir sobre sus impresiones de esa investigación José Antonio explicaba:

“En Trujillo nació Francisco Pizarro en 1478 y con él nació la leyenda porcina. Identificamos la casa natal en la calle de Tintoreros, en el arrabal de San Miguel. Igualmente la morada de su abuelo paterno Hernando Alonso Pizarro, la cual estaba cerca de la iglesia de Santa María la Mayor, sepulcro de Diego Hernández Pizarro, el pariente mayor de todos los Pizarro trujillanos, gerearca y tataradeudo. En Trujillo, lo creemos, Francisco Pizarro guardó los cerdos de su padre y de Trujillo, es muy factible, escapó a Sevilla cuando tales puercos se murieron. A Trujillo volvió Francisco Pizarro en 1529, partiendo de allí con sus hermanos parientes y amigos a la conquista perulera. El monumento ecuestre, junto a la iglesia de San Martín, perpetúa al personaje y su gesta.

Pizarro, empero, no está solo. Porque Francisco Pizarro, con su deudo Hernán Cortés conforman el binomio famoso, lo mejor de los conquistadores de Indias. Cortés fue culto y renacentista, Pizarro inculto y medieval, pero al aquilatarse las virtudes –valor, lealtad, perseverancia, honestidad, amor a la tierra

ganada y defensa de la misma— el Conquistador del Perú resulta superior al conquistador de México.

En Trujillo hay dos sitios, finalmente, que recuerdan al mestizaje peruano. Uno está en la iglesia de San Francisco y es la tumba de Hernando Pizarro y de su esposa y sobrina Francisca Pizarro Yupanqui; el otro, el palacio de la Conquista, muestra los cuatro rostros inconfundibles unidos por la sangre hispanoandina: Hernando Pizarro e Inés Huaylas Ñusta. Ambos lugares, la tumba bipersonal y las efigies de los cuatro bustos, bastan para señalar el mestizaje que aludimos”.

José Antonio dominó como pocos el género biográfico seriamente documentado. El personaje al cual dedicó años de investigación y que fue enriqueciendo en sucesivas ediciones fue, como ya se dijo, Francisco Pizarro. Hay en las páginas de este libro al mismo tiempo rigor, amenidad y un elegante estilo arcaizante que no cae en excesos. Durante la década de los años sesenta y setenta del pasado siglo el marxismo acometió con fuerza en nuestro mundo académico preconizando no se tomara en cuenta el factor individual, incluso el factor humano en la historia, ni se tomara en cuenta tampoco el estilo literario, vale decir, el buen uso del idioma. Se buscaba, para decirlo en pocas palabras, una historia deshumanizada. Antonio, que nunca fue confrontacional, ni se inmutó durante esos largos años. El sabía que lo que estaba haciendo era bueno y valioso. Y siguió adelante para a la postre recibir el aplauso unánime de la crítica histórica más seria y exigente del Perú y el extranjero por su magistral biografía de Francisco Pizarro.

Recuerdo que en 1966 estaba en Madrid con César Pacheco Vélez —cuyo recuerdo también está unido a esta casa y a la Academia Nacional de la Historia— cuando apareció “Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador”, brillantemente editado por la editorial Rialp. Nosotros, como peruanos, tuvimos una gran satisfacción al ver el éxito que rápidamente tuvo el libro de José Antonio no solo en el ámbito académico sino dentro del público en general. Los principales diarios matritenses publicaron elogiosas reseñas y lo propio ocurrió aquí cuando el libro llegó a Lima.

En nuestros días, por suerte, el género biográfico de alto nivel es cálidamente reconocido en el mundo intelectual y, por ejemplo, los trabajos de John Elliot, Geoffrey Parker o Paul Preston, no sólo tienen gran éxito académico sino incluso económico. Premunido de una información extraordinaria, Del Busto fue cincelandando la figura de Francisco Pizarro en sucesivas ediciones al mismo tiempo que, a través de ella, nos daba una visión peruanista de lo que había sido el encuentro entre el mundo andino y los conquistadores españoles.

A raíz del caprichoso traslado del monumento de Francisco Pizarro, ubicado en una de las esquinas de la Plaza de Armas, a un lugar alejado de la ciudad, José Antonio, con sinceridad y elocuencia hizo pública su opinión sobre tal hecho: "Mi posición es clara. A Pizarro –en bronce o barro, a pie o a caballo– pueden dejarlo donde está o ponerlo donde quieran, porque de todos modos Pizarro tiene ya un sitio en la historia universal y en la historia del Perú. No es defender ni atacar, es asumir lo que ocurrió, aceptar la realidad. Pensar de otra manera es, en mi opinión, engañarnos.

La conquista del Tawantinsuyo es un hecho irreversible registrado por la historia, sin embargo, este hecho necesita comprenderse bien. Pizarro no nos conquistó a nosotros, sino a los hombres del incario que son nuestros antepasados cobrizos. Nosotros descendemos de los vencidos y de los vencedores, pero no somos vencedores ni vencidos. Somos el resultado de ese encuentro.

Podemos ser indigenistas o hispanistas, pero por encima de todo debemos ser peruanistas. El peruanismo une, cicatriza; el indigenismo y el hispanismo mal entendidos dividen, descuartizan. Nuestra obligación es integrarnos, no desintegrarnos. Ya no existen varias naciones como ocurría con este territorio en el siglo XIII o XV. Hoy existe un solo Perú. Debemos, pues, recoger nuestras dos ricas herencias, amalgamarlas y convertirlas en un solo patrimonio. Lo otro es desparramar, disociar, destruirnos. Indios y españoles son nuestros primeros padres, la herencia de ambos es la patria.

No retrocedamos ni nos desviemos. La identidad consiste en saber que yo soy yo y no otro. Identidad es la esencia y la esencia es lo que hace que algo sea eso y no otra cosa. Por lo expuesto, la identidad mestiza del Perú es un axioma, no un enigma.

Pizarro es un conquistador, como lo fue Julio César en la Galia, Guillermo en Inglaterra, Rurik en Rusia u Omar en Egipto. Aun así, los franceses no repudian a César ni los ingleses a Guillermo de Normandía. Tampoco los rusos al vikingo Rurik ni los egipcios al califa Omar. Los reconocen como personajes de su historia, los iniciadores de su historia moderna que marcaron el final de una historia antigua, no por vieja menos nacional.

Tampoco hay que olvidar que, aparte de fijar el país en el mapamundi y de fundar Lima, el Perú debe a Pizarro varias cosas. Le debe su definitiva unidad territorial y la presencia de urbes fundadas como Piura, Cusco, Jauja, Trujillo, Huamanga, Moyobamba, Chachapoyas, Huánuco y Arequipa, así como el surgimiento del Callao; el descubrimiento del Río Grande de las Amazonas y nuestro derecho a la Amazonía; y el hecho que Chile no comience en el Cusco.

Además de esto, el Perú también debe a Pizarro –porquerizo analfabeto– la cultura occidental con todo lo que ella representa, y asimismo el mestizaje al que pertenecemos, biológica y culturalmente todos los peruanos, salvo aisladas minorías. Inclusive el actual mapa del Perú se debe a dos conquistadores: el Inca Tupac Yupanqui, al que el Perú, por cierto, le adeuda un monumento en el Cusco, y Francisco Pizarro, que ya lo tiene en Lima.

Hoy, a Dios gracias, concluía, el indigenismo y el hispanismo han sido superados por el peruanismo. Ya no somos vasallos de Atahualpa ni súbditos de Carlos V. Somos peruanos, cholos, mestizos. La cultura occidental es nuestro género próximo y la cultura andina nuestra diferencia específica. La cultura occidental nos hace iguales a todos los países de occidente, pero la cultura andina nos hace únicos entre todos los países del mundo. “Por eso somos, simultáneamente, universales y singulares. Y por eso finalmente el Perú tiene cinco características: independiente, uninacional, pluricultural, multilingüe y mestizo”.

Todos los aquí presentes, con mayor o menor detalle, conocen la notable trayectoria intelectual de José Antonio del Busto. Ocupó cargos académicos en la Universidad Católica, fue por dos periodos Director de esta casa que sentimos tan nuestra, igualmente dirigió el Instituto Nacional de Cultura, viajó mucho incluso a lugares tan lejanos como la Antártida y las islas de Oceanía, recibió merecidos honores y condecoraciones, perteneció a muy importantes instituciones académicas del país y del extranjero, rehuyó toda forma de figuración, fue austero, buen amigo, hijo, esposo y padre ejemplar. Varias generaciones reconocieron que era un excelente profesor universitario y, como ya queda dicho, su producción bibliográfica, se caracterizó por su alta calidad. Fue hasta el final de sus días un gran trabajador. En la charla íntima con los amigos siempre había alguna anécdota relacionada con Barranco, “su pueblo”, como explicaba en España a quienes le preguntaban el lugar del Perú donde había nacido. También nos decía que de sus dos abuelos había heredado la verticalidad corporal, la disciplina, la poca paciencia, el caminar con las manos tomadas en la espalda, la austeridad –que motivaba que le gastáramos continuas bromas– y, remarcaba orgulloso, “la terquedad ancestral”.

Aquí, en este mismo salón, en la Navidad más triste, le dimos el postre adiós. Estaba arropado por el cariño de su esposa, de sus hijas, de todo lo que era una u otra circunstancia le conocieron. Pocas semanas antes del final, me obsequió una copia del texto de sus Memorias inéditas que ojalá se publiquen pronto. La mayor parte de ellas las escribió en la bucólica paz de su fundo en Pachacamac donde Teresa, su esposa, ha volcado esfuerzo e inteligencia para convertirlo en un lugar de purificado contacto con la naturaleza.

José Antonio, con el valor que nunca le faltó, enfrentaría durante más de diez años delicados problemas de salud. Junto a él, estuvo siempre Teresa, a

mismo tiempo animosa y lúcida, dándole la fuerza y el aliento necesarios para seguir luchando. José Antonio sabía que sus días se estaban acortando. Por eso al final de las ya mencionadas Memorias escribió estas entrañables palabras, propias de un hombre bueno, de un hombre con ardiente fe en Dios: “Vivo con serenidad estos últimos años y trato a la muerte de tú. Llevo vida sosegada, hago lo que todavía debo y puedo hacer. Investigar fue la pasión de mi vida y puse a la investigación al servicio de mi país y de mis compatriotas. Seguir investigando es mi mayor deseo. Estoy en lo que se llama el ocaso de la vida. No me he abandonado, tengo la mentalidad del combatiente. Lucho porque me avergüenza no hacerlo, pero por la enfermedad no siempre me alcanzan fuerzas para seguir ufano. Hay días que estoy extenuado.

Mientras tanto, siguen corriendo mis tardes crepusculares. Tardes largas, augurales, impregnadas de ilusión, pues cuando cae el sol, sueño. Sueño despierto, lúcido, pero sueño con toda libertad. Y, valgan verdades, sueño con lo que siempre pensé y enseñé. Sueño con un Perú justo, ordenado, unido, honesto, solvente, trabajador, sano, fuerte, grande y feliz. Esos son mis sueños, no tengo pesadillas.

Hemos llegado al final de la jornada. Falta poco para terminar el camino. No sé si se trata de días, de meses o de años. Ya no tomo en cuenta los lustros. Pero en el tiempo que falta quisiera retener algunas cosas que considero necesarias. Aparte del amor de los míos –que lo doy por descontado– no pido mucho. Nunca he pedido demasiado. Parfraseando al poeta podría decir: una cama en qué yacer, una silla en qué posar, una mesa en qué escribir, un libro para leer y un Cristo para rezar”.